

noche que precedió á este tercero y último día de las previsiones de Stahremberg, un grito de alegría resonó de repente en lo alto de la torre de San Estéban. El centinela acababa de apereibir una llama brillante sobre las cimas del Colemberg, que señalaba en el horizonte al ejército polaco. El sol naciente brilló en un bosque de lanzas y banderolas sobre la montaña.

Los turcos se dividieron entónces en tres cuerpos; el uno se volvió hácia el nuevo enemigo que se presentaba; el otro se preparó al asalto; el tercero, síntoma de libertad, era una multitud desordenada que huía hácia la Hungría cargado de botín. El obispo de Neustadt, Collonitz, que se habia batido como soldado en Candia, encerrado actualmente en Viena, en donde su fé, su valor, y su palabra excitaban á la defensa, en donde su ejemplo y su caridad ayudaban á soportar tantos males, llamó en seguida á las mujeres y los niños á las iglesias, en tanto que Stahremberg llevaba á los hombres á las murallas.

XXII

Ya hacia unos dias que Cárlos de Lorena habia corrido á incorporarse con Sobieski para aprender, de-

cia él, el arte militar con tan superior maestro. Los imperiales lloraron de alegría viendo al ilustre jefe, cuyo nombre era prenda segura de victoria. La discordia, compañera inseparable de los reveses, paralizaba sus últimas fuerzas; ella se extinguió á los piés del héroe de Choczim, que encontró en sus nuevos soldados una obediencia que jamás habia alcanzado sobre sus propios súbditos.

Entretanto, Cárlos de Lorena habia podido echar un triple puente sobre el Danubio, á seis leguas de Viena, sin que el gran visir hiciese nada para impedirlo. « Bien veis que el general que deja construir « este puente en sus barbas, teniendo trescientos mil « hombres, no puede dejar de ser derrotado, » exclamó Sobieski, para hacer pasar el Danubio á los imperiales, que vacilaban en seguirlo.

Al dia siguiente cruzaron el Danubio. Los polacos marchaban los primeros; su magnificencia, la riqueza de sus armas, y la belleza de sus caballos admiraban á sus aliados. Un solo regimiento de infantería contrastaba visiblemente por lo destrozado de sus vestidos. Cuando desfilaba, « aquella, » dijo Sobieski, « es una tropa invencible que ha jurado no « vestirse con otra cosa que con los despojos del enemigo. » « Si aquellas palabras no los vestian, dice

el abate Coyer, uno de los historiadores de Sobieski, por lo ménos les servian de corazas. »

Jamás se habia visto Sobieski á la cabeza de fuerzas tan considerables. La cadena escarpada del Calenberg, arbolada en sus pendientes, surcada por gargantas estrechas, fáciles de guardar, lo separaba de Kara-Mustafá, que ni siquiera pensaba en aprovecharse de un paso tan difícil. Nada alteraba la confianza del gran visir. La marcha trabajosa de los aliados á través de los desfiladeros, duró tres días, viéndose en ellos obligados á abandonar la artillería de grueso calibre. Las primeras avanzadas que apercibieron de lo alto de la montaña el formidable campamento de los otomanos, huyeron rápidamente y difundieron su terror entre las tropas; los imperiales eran entre todos los que se mostraban mas alarmados. Sobieski los tranquilizó con su alegría marcial. Habia alistado en su guardia un peloton de genízaros que habia hecho prisioneros en otra ocasion. La víspera de atacar á los turcos, les propuso que se volvieran adonde estaban los bagajes, ó bien que se fuesen si querian al campamento de Kara-Mustafá. Todos respondieron, con los ojos preñados de lágrimas, que querian vivir ó morir por él.

XXIII

Las cartas que escribia á su mujer Casimira de Arquien, revelan mejor que la historia su trabajo mental, la angustia de su corazon y el refugio de sus pensamientos, buscado en el seno del amor por Sobieski, la víspera del dia en que iba á dar la batalla del cristianismo contra los trescientos mil otomanos que tenia ya ante sos ojos. Los héroes que escriben, tales como César, Federico y Sobieski, son los confidentes de la posteridad ántes y despues de la batalla.

« Si alguna vez dejo de escribiros largamente, mi querida esposa, ¿ no es fácil conocer la causa de mi precipitacion sin recurrir á suposiciones injuriosas? Los combatientes de las dos partes del mundo están separados por algunas millas; es preciso pensar y disponerlo todo.

« Os pido, corazon mio, por mi amor, que no os levanteis tan temprano; ¿ qué salud puede resistir eso, sobre todo en quien tiene como vos la costumbre de acostarse tarde? Mucho sentimiento me dareis si no haceis caso de mis ruegos; me quitaréis el re-

poso, la salud, y lo que es peor todavía, perjudicareis la vuestra, que es mi único consuelo en este mundo. En cuanto á nuestro mútuo afecto, veamos cual de los dos se entibia mas. Si mi edad no es la del ardor, mi corazon y mi alma son siempre jóvenes. ¿No habiamos convenido que os tocaba ahora á vos el dar los primeros pasos? ¿Habeis cumplido la palabra, corazon mio? Así, pues, no echeis á otro vuestra culpa.»

XXIV

Apénas hubo acabado esta carta tierna para su esposa, en la noche del 2 de setiembre de 1683, Sobieski, saliendo con la aurora de su tienda, al ruido del cañon otomano, vió por un lado las columnas de los genizaros preparándose para el último asalto ante la brecha de las fortificaciones de Viena, y por el otro al viejo Ibrahim-bajá, el héroe octogenario de los turcos que caía con su impetuosidad del fatalismo sobre la vanguardia del ejército polaco en la falda de la montaña. Ibrahim, atravesando á galope estos puestos avanzados, se apeó con sus spahis al pié de los atrincheramientos levantados por el duque de Lore-

na. Sin apresurarse mucho, buscando su auxilio y su inspiracion en su oracion, Sobieski oia la misa de un pobre ermitaño, al aire libre, cerca de una ruinoso capilla, desde donde la mirada alcanzaba á ver toda la extension del campo de batalla. El ermitaño con la cruz en la mano, bendijo el ejército de los cristianos, y Sobieski, para grabar el heroísmo en la memoria de su tierno hijo, lo armó caballero con su propia mano, y volviendo á montar á caballo, se lanzó sobre el enemigo seguido de su caballería polaca.

Los cristianos, marchando en cinco columnas, tomaron una á una, de desfiladero en desfiladero, de precipicio en precipicio, las posiciones en que se replegaban paso á paso los escuadrones que debian contenerlos. Los sitiados presenciaban desde la brecha el irresistible empuje de sus libertadores: ellos mismos hacian heróicos prodigios para no sucumbir en la hora de la salvacion. Hasta entónces Kara-Mustafá permanecia inmóvil entre estas dos batallas.

A las once, los aliados estaban en el llano. Aquello era ya una victoria. Sus adversarios derribados les dieron tiempo para cobrar aliento. Al mediodía, los musulmanes habian sido reforzados, y sostuvieron una lucha mas terrible que la primera. Pero las acertadas disposiciones de Sobieski, sus seguras é impetuosas maniobras triunfaron, y el ejército cristiano

se presentó en el glásis del campamento. Allí comenzó la tercera batalla. Todas las tropas otomanas rodeaban el estandarte del visir que mandaba en persona. Un barranco profundo, atrincheramientos, una artillería formidable las cubrían por todas partes. Eran las cinco de la tarde; el rey calculó la resistencia y no esperó acabar la pelea aquel día. Pensaba pues en pasar la noche en aquellas posiciones, cuando recorriendo las líneas de sus tropas las encontró mas exaltadas que abatidas por su carrera victoriosa á través de tantos combates y bajo el peso de un calor sofocante. La actitud de los otomanos, por el contrario, le pareció penosa y desalentada. Apercibió á lo léjos, á través de las nubes de polvo, las largas filas de camellos que obstruían los caminos de Hungría. El ataque fué decidido.

No obstante, la confianza del gran visir no se habia alterado; estaba persuadido de que los cristianos se estrellarian al pié de los atrincheramientos. Veíasele defendido por una tienda de seda carmesí contra los rayos del sol, tomando café tranquilamente con sus dos hijos. Sobieski furioso con aquella inepta y desdeñosa seguridad, ordena al oficial francés que manda su infantería que se apodere de un reducto que domina los cuarteles de Kara-Mustafá. La orden fué ejecutada con vigor; el enemigo es arrojado de él. Al

mismo tiempo Kara-Mustafá, que se mueve al fin, llama á su defensa la infantería de su ala derecha, movimiento que descubre su ejército y trastorna la línea entera. Aquel era el principio de la victoria. Sobieski aprovechó la ocasion; envió al duque de Lorena sobre el centro entreabierto, miéntras que él corre á lo mas espeso de las masas que cubren la tienda del gran visir. Los tártaros y los spahis lo reconocen. Su nombre yuela por todo el frente del ejército otomano. Por último se cree en su presencia. « ¡Por Alá! » grita el khan de los tártaros muy asustado, » el rey está con ellos. »

Los húsares de Sobieski han atravesado á rienda suelta un barranco en que la infantería hubiese vacilado; se precipitan sobre las filas enemigas y cortan en dos su cuerpo de batalla, miéntras que el príncipe de Waldeck flanquea el campamento. La jornada es decisiva; el gran visir, perdida su arrogancia, llora como un niño. Sin embargo trata de reunir sus tropas que comienzan á ceder. Todos huyen; y él mismo huye tambien en medio de la desordenada y aterrada multitud. La ola poderosa de los otomanos reculaba aquel día para siempre. La Europa vió un milagro en el terror pánico de los turcos. Este último combate no habia durado mas que una hora; fué pues mas decisivo que mortífero. Parece que el ejér-

cito del gran visir solo perdió de ocho á diez mil hombres. Pero no se detuvo á causa de su desaliento hasta debajo de los muros de Raab, mientras que el rey, temiendo un nuevo ataque, tomaba las precauciones de una prudente inquietud, y por fortuna inútil desde aquel momento.

Al día siguiente, Sobieski entró en la ciudad libertada, por la brecha que el enemigo se disponia á asaltar.

XXV

Viena salió de entre sus escombros para aclamar al ejército libertador. El contraste de Leopoldo ausente, y del rey de Polonia sacrificándose con su pueblo para salvarla, hubiera podido hacer de Sobieski por aclamacion el emperador de Austria y de Hungría. *Hubo un hombre enviado de Dios que se llamaba Juan*, le dice el clero de Viena aplicándole las palabras del Evangelio. Pero Sobieski no aspiraba á mas gloria que á la de haber salvado al Occidente. ¡Se vengó del abandono en que lo dejaron las potencias de Europa anunciando por su mano al rey cristianísimo de Fran-

cia la victoria alcanzada por los cristianos sin él y contra él! Estas fueron sus únicas represalias.

La carta á su mujer, escrita en la noche de la batalla bajo la tienda de Kara-Mustafá, que habia caido en su poder, da á conocer á la posteridad el alma tierna y pura del héroe: solo la fecha es orgullosa.

« En la tienda del gran visir, lúnes 13 de setiembre por la noche.

« Unica alegría de mi alma, encantadora y querida Mariquita,

« ¡Dios sea eternamente bendito! Él ha dado la victoria á nuestra nacion; él ha concedido un triunfo tal como no lo han visto jamás los siglos. Toda la artillería, todo el campamento de los musulmanes, riquezas infinitas, han caido en nuestro poder. Las cercanías de la ciudad están cubiertas de cadáveres del ejército infiel, y el resto huye consternado. Nuestras gentes nos traen á cada instante camellos, mulos, bueyes, ovejas que el enemigo tenia consigo, y además una multitud innumerable de prisioneros. Tambien recibimos tráfugas, la mayor parte de ellos renegados, bien vestidos y bien montados. La victoria ha sido tan súbita y extraordinaria que en la ciudad y en el campo subsiste siempre la alarma; se cree que el enemigo va á reaparecer. En pólvora y municiones ha dejado por valor de un millon de florines.

« Esta noche he sido testigo de un espectáculo que deseaba presenciar mucho tiempo hacia. En muchos puntos ha quemado mi gente los barriles de pólvora; la explosion ha sido como la del juicio final; pero sin herir á nadie. En esta ocasion he visto de qué manera se forman las nubes en la atmósfera; pero es un mal lance, porque seguramente se ha perdido mas de medio millon de florines.

« El visir lo ha abandonado todo en la fuga; solo ha salvado su traje y su caballo. Yo me he constituido en su heredero; porque la mayor parte de sus riquezas han caido en mi poder.

« Avanzando con la primera línea, y rechazando al visir, he tropezado con su servidumbre, que me ha llevado á las tiendas de su córte privada; estas tiendas ocupaban un espacio tan grande como la ciudad de Varsovia ó de Leopoldo. Me he apoderado de todas las decoraciones y banderas que se llevan siempre delante del visir. En cuanto al gran estandarte de Mahoma, que su soberano le ha confiado para esta guerra, lo he enviado al Santo Padre. Además, tenemos tiendas lujosas, soberbios equipajes, y mil juguetes muy preciosos. Aun no lo he visto todo, pero no hay comparacion con lo que hemos visto en Choczim. Solo cuatro ó cinco aljabas guarnecidas de rubíes y záfros, valen miles de ducados.

No me diréis pues, corazon mio, como las mujeres tártaras á sus maridos cuando vuelven sin botin; tú no eres un guerrero porque no me has traído nada; porque solo el hombre que avanza puede cojer algo.

« Tengo tambien un caballo del visir con todos sus arneses. Él mismo ha sido perseguido muy de cerca, pero se ha salvado. Su primer teniente ha muerto, y con él otros jefes principales. Nuestros soldados se han apoderado de muchos sables con puño de oro. La noche ha puesto fin á la persecucion; pero se debe decir que los turcos al huir se defienden con encarnizamiento. Bajo este aspecto *han hecho la mas hermosa retirada del mundo*. Sin embargo, los genizaros han sido olvidados en sus trincheras, y han sido destrozados por la noche. Tal era el orgullo y la presuncion de los turcos, que miéntras una parte del ejército nos presentaba la batalla, otra daba el asalto de la ciudad. Tenian fuerzas para todo esto. Los calculo, sin contar los tártaros, en trescientos mil hombres; otros han contado trescientas mil tiendas, lo cual compondria un número incalculable. Yo cuento mas de cien mil tiendas, porque ocupaban tres campamentos inmensos. Dos noches y un dia hace que las coje quien quiere; los de la ciudad han venido á tomar parte del botin; estoy seguro de que

tienen para ocho días. Los turcos han dejado al huir muchos cautivos del país, sobre todo mujeres, pero despues de haber matado todos los que han podido. Hay muchas mujeres muertas, otras solo heridas, que podrán curar. Ayer encontré á un precioso niño de tres años, á quien uno de esos cobardes ha abierto cobardemente la cabeza. El visir se habia apoderado en uno de los palacios del emperador de un hermoso avestruz, y tambien le han hecho cortar la cabeza para que no volviese á caer en poder de los cristianos. Es imposible detallar el lujo refinado que reunia el visir en sus tiendas. Tenia en ellas baños, jardinillos con surtidores de agua, conejeras, hasta un papagayo que nuestros soldados no han podido cojer.

« Hoy he ido á ver la ciudad, que no hubiera tenido medio de resistir cinco dias. El palacio imperial está acribillado de balazos; estos inmensos bastiones, quebrados y medio hundidos tienen un aspecto terrible, como si fueran enormes rocas.

« Todas las tropas han cumplido con su deber; á Dios y á mí le atribuyen la victoria. En el momento en que el enemigo ha comenzado á replegarse (y el mayor choque ha tenido lugar en donde yo me encontraba, enfrente del visir), toda la caballería del resto del ejército se ha dirigido hácia mí por el ala derecha, quedando al centro y á la izquierda poco

que hacer. Entónces vinieron á mi M. de Baviere, el príncipe de Waldeck y otros; me abrazaban, me besaban en el rostro; los generales me besaban las manos y los piés, los soldados, y los oficiales de infantería y de caballería gritaban: *Ah! unser brave König!* (¡ Ah! ¡ nuestro valiente rey!) Todos me obedecian aun mejor que los míos.

« El comandante de la ciudad, Stahremberg, ha venido tambien á verme. Todos me han llamado su salvador. He estado en dos iglesias, en donde el pueblo me ha besado las manos, los piés y el vestido: los que no podian tocarme, exclamaban: *Ah! dejadnos besar vuestras manos victoriosas!* Parecía que querian gritar *viva!* pero los contenia el temor de los oficiales, y jefes superiores. Sin embargo, un grupo numeroso hizo resonar una especie de *viva*. Observé que los superiores lo llevaban á mal, por eso, despues de haber comido en casa del comandante me apresuré á salir de la ciudad, y á volver al campamento. La muchedumbre me ha acompañado hasta las puertas. Veo que Stahremberg está en mala inteligencia con los magistrados de la ciudad. Al recibirme no me ha presentado ningun funcionario civil. El emperador me ha enviado á decir que estaba á una milla de aquí.... Pero el sol comienza á aparecer, y es preciso que ponga fin á esta carta. No me dejan li-

bertad para escribir y gozar por mas tiempo de este amable coloquio con vos.

« Hemos perdido mucha gente en la batalla; sobre todo sentimos dos personas de que os hablará Dupont. Entre los extranjeros el príncipe de Croy ha sido muerto; su padre está herido, y algunos otros personajes de distincion han perdido.

« El padre de Aviano me ha abrazado un millon de veces en la efusion de la alegría; pretende haber visto, durante la batalla, una paloma blanca que se cernia en los aires.

« Hoy nos ponemos en marcha para perseguir al enemigo en Hungria. Los electores me han dicho que me acompañarian.

« Es una verdadera bendicion de Dios. ¡ Honor y gloria le sean tributados ahora y siempre !

« Apénas vió el visir que no podia resistir, hizo llamar á sus hijos á su lado y se puso á llorar como un niño. En seguida dijo al khan de los tártaros : « *Sálvame si puedes.* » El khan le respondió : « Bien lo conocemos al rey de Polonia; *es imposible resistirlo , pensemos mas bien en salir del paso.....* »

« Voy á montar á caballo para marchar á Hungria, y espero como os lo dije al separarme de vos, volveros á ver en Itryi. Que mande Wyszynoki reparar las chimeneas y preparar los apartamentos.

« Esta carta es la mejor gaceta, y podeis serviros de ella con este objeto, previniendo que es una carta del rey á la reina.

« Los príncipes de Baviera y de Sajonia están decididos á seguirme hasta el fin del mundo. Tendrémos que redoblar el paso en las dos primeras millas, á causa de la insoportable infeccion de los cadáveres de hombres, caballos y camellos.

« He escrito al rey de Francia, le he dicho que á él particularmente, como al rey cristianísimo, me convenia darle cuenta de la batalla ganada y de la salvacion de la cristiandad.

« El emperador está á una milla y media. Baja por el Danubio en una chalupa; pero observo que tiene pocos deseos de verme, á causa quizá de la etiqueta. Se apresura á llegar á Viena para hacer cantar el *Te Deum*. Por eso le cedo el puesto. Me alegro evitar todas estas ceremonias; hasta hoy no nos han regalado otra cosa. Nuestro hijo es valiente con exceso. »

« Este boletin familiar, que revela la felicidad del amante y del padre en el corazon del héroe, es una narracion muy animada de la batalla que salvó la Europa. La gloria comunmente feroz ó soberbia se convierte en patética como el amor, el acento de tristeza que traspasa bajo la felicidad es el boletin de

Sobieski, era el presentimiento de la indiferencia de la Alemania por tan gran servicio, y de las persecuciones que lo aguardaban de parte de sus ingratos y facciosos compatriotas.

XXVI

Este presentimiento no lo engañaba.

Leopoldo que no sabia ni vencer ni aun pelear, celoso, enojado con la gloria de Sobieski, no perdonándole los servicios que acababa de recibir de él, admiró al mundo con su ingratitud : parece que este es el destino eterno del gobierno imperial.

Mientras que todos los pueblos de Europa lanzaban gritos de entusiasmo como el de Viena, y se sentían libertados con él; mientras que católicos y protestantes celebraban la victoria de Sobieski, mientras en todos los pulpitos se pronunciaba este nombre glorioso, mientras Inocencio XI se arrojaba al pie del crucifijo y vertía lágrimas de alegría al recibir el estandarte del Profeta, que le enviaba el vencedor, Leopoldo, preocupado con las prerogativas de su rango, humillado, irritado contra los trasportes de

júbilo de sus súbditos, ofuscado por su libertador, inquieto con las promesas que le habia hecho para decidirlo á su alianza, en vez de correr á su encuentro, entraba en Viena evitándolo y discutía la cuestion de etiqueta.

Sobieski cortó esta pueril dificultad del modo que él mismo refiere. La entrevista tuvo lugar á caballo. Leopoldo estuvo frio, casi desatento : ¡ ni siquiera fingió reconocimiento ! El rey sorprendido de tan atroz ingratitud no pudo prescindir de decirle : « Celebro mucho, señor, haberos prestado este pequeño servicio. » Esta fué toda su venganza, pero la de Leopoldo no fué tan pequeña. Enredos y dificultades rodearon á Sobieski y su ejército. Disputábanles sus trofeos. Se negaban los auxilios necesarios á los heridos y una sepultura cristiana á los muertos. ¡ Dejábanlos expuestos á morir de hambre bajo los muros de Viena !

« Hoy, escribia el rey, nos parecemos á los apesados de quienes todo el mundo huye ; cuando ántes de la batalla , mis tiendas , que á Dios gracias , son bastante espaciosas, podian apenas contener la multitud que á ella acudia. » Si queria marchar adelante, para aprovecharse de la victoria , se le creaban mil obstáculos.

Por lo demás, esta ingratitud del emperador se ex-

tendió á casi todos aquellos que habian contribuido á salvarlo , fué proporcionada á los servicios. Los aliados, llenos de indignacion, abandonaban en tropel el campamento imperial. Sobieski casi solo permaneció fiel á la causa que habia abrazado, apesar de las instancias de sus oficiales y de todo el ejército para que se pusiera á cubierto de tanta injuria.

« Mi mision, decia, es servir á todo el mundo, y no aguardar la recompensa mas que de Dios. » Se puso, pues, en marcha, queriendo dar un *segundo golpe decisivo*, como lo escribia á la reina. Ya avanzaba por los llanos de Hungria, llevándose por delante las bandas turcas, cuando los imperiales deliberraban todavía bajo los muros de Viena.

XXVII

Esta lentitud de los alemanes en perseguir al gran visir salvaba los restos del ejército otomano y les permitia abrigarse detrás de Gran. El emperador Leopoldo, como ya lo hemos dicho, se habia decidido al fin á eludir esta pueril dificultad, viendo á Sobieski á caballo; esta fria entrevista entre el héroe y el fu-

gitivo restaurado en su capital, se halla sencillamente descrita en la siguiente carta de Sobieski á su mujer.

« Acompañaban al emperador, dice, unos cincuenta cortesanos y ministros. Precedianlo algunos trompetas, guardias de corps y una docena de lacayos. No os haré el retrato del emperador, por ser muy conocido. Montaba un caballo bayo de raza española; tenia un traje ricamente bordado, un sombrero á la francesa con un broche y plumas encarnadas y blancas, la espada y el cinturon guarnecidos de záfiro y diamantes. Nos hemos saludado cortesmente; le he hablado en latin y en pocas palabras; él me ha respondido en la misma lengua con palabras escogidas. Estando así frente por frente, le he presentado á mi hijo, que se ha acercado y lo ha saludado. El emperador no ha llevado siquiera la mano al sombrero; yo me he quedado casi estupefacto. Lo mismo ha hecho con los senadores y los hetmans, y aun con su aliado el príncipe Palatino de Belz. Para evitar el escándalo y los comentarios del público, he dirigido otras pocas palabras al emperador, despues de lo cual he vuelto mi caballo: nos hemos saludado mutuamente, y he tomado otra vez el camino de mi campamento. El palatino de Rusia ha hecho ver nuestro ejército al emperador, porque así lo deseaba; pero nuestra gente se ha picado y quejado altamente por-

que el emperador no se había dignado darle las gracias, ni siquiera con el sombrero, por tantas penas y privaciones. Después de esta separación, todo ha cambiado repentinamente; como si no nos conociesen.

« Ya no nos dan ni víveres ni forrajes; ¡ hasta se niegan á enterrar nuestros muertos en los cementerios de la ciudad! Yo mismo he andado apurado para alcanzar hospitalidad en un convento. Después de una batalla tan formidable, en que hemos perdido tantos hombres y tantos hijos de nuestras mas ilustres familias, perdemos tambien nuestros caballos y bagajes, ¡ y estamos expuestos á la mofa y la compasión de aquellos á quienes hemos salvado! ¡ Por Dios! ¡ hay para morir al ver escaparse por su lentitud tan bellas ocasiones de destruir á los turcos y tan gloriosas jornadas! ¡ Hoy mismo me pongo en marcha para alejarme de esta ciudad de Viena en donde hacen fuego contra mis soldados! »

XXVIII

Durante estas tergiversaciones y tardanzas de las tropas del emperador, que parecia temer el propor-

cionar á Sobieski otro triunfo, Kara-Mustafá, defendido por el Raab, echaba á sus tenientes la culpa de su derrota. Reprochando al viejo y valiente Ibrahim-bajá, gobernador de Ofen, el haber dejado sus trescientos cañones en las baterías de Viena, sus tiendas y sus riquezas en poder de los infieles: « Tú, viejo visir, » le dijo en pleno diván, « tú, cuyos cabellos han encanecido en el servicio de la Puerta, te has dejado vencer, y has vuelto bridas por vengarte de mí; pero vas á sufrir la pena de nuestra derrota. »

Mandó al jefe de los tschauschs que le cortase la cabeza delante la tienda, y al punto rodó por el suelo la del mas valiente de los otomanos en expiación del vencimiento de un visir incapáz. Este castigo provocó murmuración en el ejército, pero fortificó con el terror la disciplina de las tropas reunidas al rededor de Mustafá.

Sobieski, no teniendo paciencia para aguardar á los auxiliares alemanes, seguia con demasiada temeridad á los doscientos mil otomanos, recogiendo en el camino los restos de las tropas del gran visir. Su humanidad perdonaba á los vencidos.

« Alma mia, habia salido de Viena, y marchaba con la vanguardia: apercibo en el valle un castillo magnífico no arruinado. Pregunto lo que era, y sabiendo